
IV.

Al quita y pón.—Domingo, día de fiesta en Cerro Prieto.—Otro domingo, fiesta en el Cañón de Mal Paso — Combate en Janos.—La primera campaña en Ojinaga; Vanegas y el Mulato.—Entre Chihuahua y Durango.—La Revolución en Sonora y en Sinaloa.—En el Golfo.—Estado general de la República al terminar el año de 1910; las asperezas de una sierra y la tersura de una mesa de billar.

En aquellos días era gobernador propietario de Chihuahua D. Enrique C. Creel, encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y gobernador interino, en funciones, D. José M. Sánchez. El papel de este señor no podía ser más desairado..... «tenía sus dominios invadidos por dos ejércitos beligerantes y de ninguno era él jefe. Creía el Sr. Sánchez en su inocente candor, que la Revolución en su Estado no tenía más fin que derrocar aquel gobierno local. Él debía defender su gobierno contra una revolución interna, con las propias fuerzas del Estado; las de la Federación no podían penetrar allí sino á su llamada de auxilio; y sin embargo, penetraban y operaban, prescindiendo de su personalidad oficial en absoluto.» (González y Figueroa.)

El señor Sánchez renunció el día 5 de diciembre, é inmediatamente le sucedió en el puesto D. Alberto Terrazas.

Días antes se había residenciado al Gral. Plata, jefe de la Zona, á quien sustituyó el Gral. Hernández. Por de contado que estos y otros cambios fueron pueriles, y que todo se redujo á un caprichoso *quita y pon* en que el dictador movía jefes y generales, pues como verá el lector al final de este capítulo, “ni las hojas de los árboles se movían sin licencia” del hombre único.

En esto, el Gral. Navarro reorganizó su columna, la reforzó, y con 1,200 hombres de las tres armas, perfectamente armados y equipados, salió de Chihuahua y penetró en el distrito de Juárez, con rumbo á Ciudad Guerrero,

cuya *reconquista* era el objetivo de la campaña, no sin enviar antes al Teniente-coronel Martínez con cien soldados á San Andrés, pueblo que los revolucionarios habían abandonado. Más tardó el Gral. Navarro en movilizarse, que los insurrectos en saberlo, pues casi al mismo tiempo que él, Francisco D. Salido, jefe insurgente, salía de Ciudad Guerrero con 200 hombres montados, armados en su mayor parte con rifles Winchester, 30-30; pero con escasa dotación de parque. Llevaba á sus órdenes, como oficiales, á José de la Luz Blanco, Epifanio Cos, Rufino Loya, José Rascón y Tena, y el Ing. Vázquez Valdés. Pascual Orozco debía reunírseles después.

Los insurrectos marcharon directamente al encuentro de Navarro, y el domingo 11 de diciembre, á las nueve de la mañana, ambos contendientes tomaban sus posiciones al Oriente de Cerro Prieto, en las inmediaciones del poblado, no lejos del rancho de Trevizo.

Antes de relatar, permita el lector esta insignificante observación: en domingo 20 de noviembre, estalló la Revolución; en domingo 27, fué lo de Pedernales y Las Escobas; en domingo 4 de diciembre cayó Ciudad Guerrero; en domingo 11 fué la batalla de Cerro Prieto, y en domingo 18... Malpaso. ¡Ironías de los días festivos!

Los posiciones de los insurrectos—dice uno de ellos—eran: Francisco D. Salido, Valenzuela, Rochín y Chacón, en el centro de una cordillerita que va de Norte á Sur, al Oriente de Cerro Prieto; Cos y su gente, en la derecha; Loya y Estrada en la izquierda, y el Ing. Vázquez á retaguardia; en suma, cerca de doscientos guerrilleros. Apenas había cubierto Navarro la línea de batalla, más al Oriente, cuando la izquierda insurrecta rompió el fuego, y un instante después el centro y la derecha. A las primeras descargas se introdujo la confusión en los federales, que llegaban cansados, abrumados y en un estado de ánimo desesperante. Salido, el jefe insurrecto, aprovechó esta circunstancia y redobló el ataque; fué aquello, sin exageración, una carnicería espantosa; muchos soldados huían precipitadamente—nos dice un testigo presencial—arrollando á jefes y oficiales; y en medio á las descargas formidables, al grito oficial de ¡viva el supremo gobierno! dominaban los de ¡viva Madero! ¡muera Porfirio Díaz! ¡viva la Revolución! Después de dos horas de cruenta refriega, y cuando la derrota del gobierno parecía inminente, el Gral. Navarro hizo evolucionar á su infantería, reorganizada á costa de mil esfuerzos, envolviendo á medias á los insurrectos que ocupaban el centro y que ahora eran una especie de vanguardia; ese movimiento decidió el combate, tanto más cuanto que la artillería comenzaba á causar ba-

jas en las filas insurrectas. El puñado de valientes que rodeaban á Francisco Salido llegó al límite del heroísmo; el jefe insurrecto, por fin cayó, gloriosamente; sucumbió digno de sus soldados y de la causa revolucionaria; Epifanio Cos, herido; Ignacio Valenzuela, muerto; José A. González, muerto también; había insurrectos que, mortalmente heridos, al ver llegar á los federales á las posiciones tan rudamente disputadas, aún les gritaban ¡Viva la Revolución! y las bayonetas ahogaban el último apóstrofe. A las tres horas de combate, cuando ya era materialmente imposible sostenerse, los insurgentes abandonaron el campo dirigiéndose al Oeste de Cerro Prieto.

Entonces comenzó la segunda faz de la batalla. Acababan de llegar Pascual Orozco, con 30 hombres, y unos 40 guerrilleros de Namiquipa; poseídos de temerario ardor, se lanzaron sobre las tropas de Navarro, sorprendidas de este segundo y violento empuje; aquello fué un asalto hecho con el furor de la desesperación. Un insurrecto de Namiquipa echó el lazo á una ametralladora y la arrastró algunos metros; con su vida pagó su audacia, pero la pieza quedó inútil. Realmente, ya no podía haber mayor heroísmo. De los treinta guerrilleros de Pascual Orozco, veinte quedaron en el campo. El grueso de los revolucionarios, menos de 200 hombres, se retiraron después por La Capilla y Ojo de Polanco; dejaban, como bajas habidas en los dos combates de ese día, cincuenta ensangrentados cadáveres esparcidos en el campo de batalla. En cuanto á los federales, que en determinados puntos se portaron con bizarría, tuvieron estas bajas: Capitán 1º del 13º Regimiento; Capitán 2º Gustavo Guzmán, y tenientes Ocaña, Villagrán y Barrera, esto en la oficialidad.

¡*In memoriam mortis!*..... Dice la dedicatoria de este libro; los nombres de aquellos héroes... muchos han sido olvidados; ojalá que un día podamos perpetuarlos todos, como débil homenaje á su grandeza. Por ahora, he aquí los que conocemos: «Francisco D. Salido, Alberto Orozco, Emilio Valenzuela, José A. González, Ramón Solís, Antonio Frías, Graciano Frías, José Caraveo, Tadeo Vázquez, José Dozal, Manuel Gándara, José Morales, Joaquín González, Ascensión Enríquez, Jesús Morales, Eduardo y Flavio Hermosillo, Felicitos Márquez, Ramón Estrada, Laureano Herrera y José Aragón.....» (Serrano.—Episodios.)

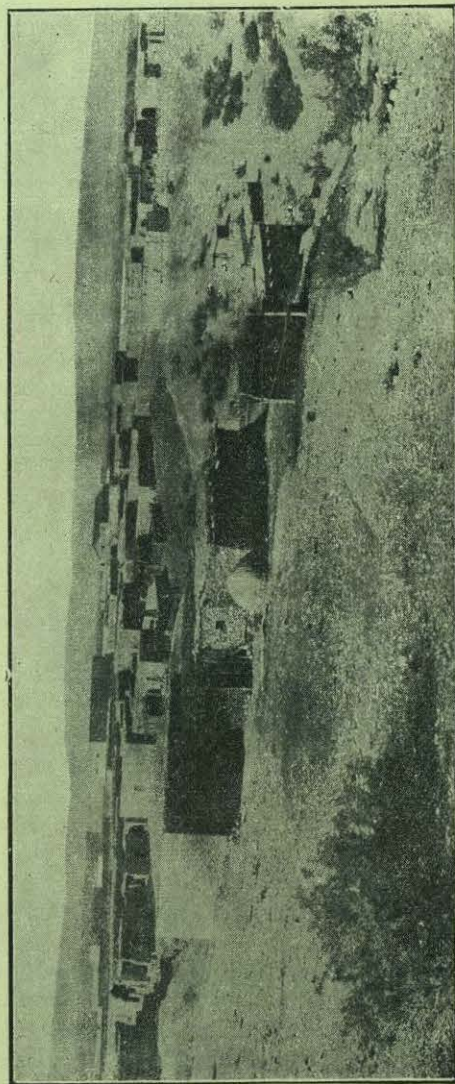
Hasta aquí no había habido mas que héroes; la suprema atingencia de los federales hizo mártires. Pasada la acción, la soldadesca desencadenó sus bríos sobre pacíficos vecinos de Cerro Prieto. Fueron veintidós las víctimas sacrificadas con absoluta falta de justicia y sobra de

crueldad; había entre ellas ancianos y niños; dieciséis honrados ciudadanos fueron atados en montón y fusilados. Gracias al Capitán Muñoz, que logró imponer la disciplina, la hecatombe no fué mayor. Horas después 500 proscritos, hombres, ancianos, mujeres, niños, viudas, huérfanos abandonaban sus hogares á los federales y tomaban el camino de los bosques, para refugiarse en las guaridas de las fieras.....

El General Navarro, interrogado sobre esos acontecimientos, respondió: — “Soy soldado hace cincuenta años; yo no tengo la culpa en estos actos; cumplo las órdenes del General Díaz.....” (Serrano.—Episodios.)

Bien está. Los prisioneros de C. Guerrero, juzgados por un Consejo de Guerra, y fusilados, después de los asesinatos de Cerro Prieto, le deben, en consecuencia, su muerte á un solo hombre: al que *mataba en caliente*.

El General Navarro, había, pues, triunfado en Cerro Prieto..... á la manera de Pirro, porque bien podía decir: “Otra victoria como ésta y mi derrota es segura.” La prueba es que al día siguiente se movió hacia Pedernales á esperar refuerzos: estos salieron de Chihuahua, empleando—error, porque de hecho lo dominaban los insurrectos—el Ferrocarril del Noroeste. El convoy, á falta de maquinistas, fué guiado por el Mayor Vito Alessio Robles, y conducía al 6.º Batallón, mandado por el Coronel Guzmán, y algunos escuadrones de caballería. Poco antes de llegar al prolongado Cañón de Malpaso, el tren se detuvo: los puentes habían sido quemados. ¿Retroceder? Tampoco; los insurrectos acababan de volar los puentes á retaguardia. Sin embargo, echándose la tropa á tierra podía muy bien rodear el desfiladero; es inexplicable cómo el Coronel Guzmán se aventuró precisamente por el fondo del Cañón. El hecho es que así lo hizo con todas las fuerzas de que disponía. Al dar vuelta en el primer recodo, una descarga cerrada cayó sobre la columna. José de la Luz Blanco y José Rascón, con cincuenta excelentes tiradores, habíanse posesionado de las alturas; entre las rocas, en la cumbre inexpugnable del *reliz* bizarro, habían esperado, y á las dos de la tarde del domingo 18 de diciembre, sus deseos se habían cumplido. Se ordenó á la infantería escalar..... ¡escalar bajo una verdadera lluvia de fuego! Los soldados se arremolinaban, multitud en desastre, ejército bajo ardiente tempestad! El Coronel Guzmán, el Teniente Coronel Vallejo, el Capitán Gallegos y más de cien soldados fuera de combate; el Mayor Alessio Robles, herido; una confusión espantosa de infantes, dragones, armas, caballos, bagajes, todo, ruinas humanas y sangrientos despojos, en alud violento y desesperado hacia la derrota suprema de la



Ojinaga.

vida: la muerte. En cuanto á los insurrectos, fueron allí: Leonidas en las Termópilas; Dumouriez en los Ardenes.

Por entonces operaba en el Distrito de Galeana una partida de insurrectos á las órdenes de Práxedes C. Guerrero, Leonides Vázquez, Cenobio Orozco y Juan Ortiz; inutilizaron la vía de Casas Grandes, tomaron algunos pueblos, reclutaron gente, y con cuarenta guerrilleros aproximadamente obligaron á retirarse á la guarnición de Janos, que fuertemente reforzada regresó poco después; ciento veinticinco soldados y veinte rurales, en la noche del 28 al 29 de diciembre trabaron un rudo combate con Guerrero y los suyos, y en la madrugada, cuando las calles de Janos estaban aún regadas de muertos y heridos, convencidos de lo infructuoso de su tentativa, se retiraron. No hubo más luz, durante la lucha, que la de los disparos. Guerrero, el jefe insurrecto, murió allí, y sus fuerzas se unieron á la columna de José de la Luz Blanco, después de la caída de Temósachic, ocurrida el día 30 de ese mes.

Digamos ahora cómo se desarrolló la primera campaña en el Distrito de Iturbide, en las inmediaciones de Ojinaga. Toribio Ortega se había sublevado en Cuchillo Parado desde á mediados de noviembre; súpolo inmediatamente el gobierno y envió una fuerte columna de caballería á guarnecer aquellas regiones y batir á los sublevados. A Ortega le fué, pues, imposible atacar Ojinaga. Circunstancias cuya explicación sería prolija y por demás cansada, impidieron que don José P. Lomelín, ex-Coronel del ejército, y don Abraham González, nombrado por el señor Madero gobernador provisional de Chihuahua, pudiesen cruzar la frontera hasta el día 1º de diciembre, en que lo efectuaron con ocho hombres mal armados, por el rancho de Barrancas, veinte de cuyos vecinos acudieron á engrosar el núcleo revolucionario. El día 3 se les reunió Ortega en Barrancos, con sesenta y cinco hombres; proveyóse á la tropa de armas y caballos introducidos por contrabando, nombráronse comisiones, etc., y el día 15, con objeto de recibir un contrabando de parque, ocuparon el rancho de Vanegas. El Coronel Dorantes se aproximaba con trescientos cincuenta ginetes; Lomelín abandonó el poblado, dió á don Abraham González una escolta de quince hombres, y con poco más de cuarenta ocupó la cordillera que va á Ojinaga. El ataque de los federales fué durante la noche, con un buen plan envolvente, pero con tan mala fortuna desarrollado, que si mortífero fué el tiroteo de los insurrectos, más desastrosos resultados tuvo el que los escuadrones de Dorantes se hicieron entre ellos mismos, engañados por una falsa posición de los revolucionarios y por el tropel de caballos sin ginetes; esto último, resultado del alambre telegráfico, he-

cho columpios á flor de tierra. Dorantes se retiró, y al día siguiente Lomelín ocupó el rancho de Barranco Azul, de donde se dirigió al pueblo de El Mulato, al cual arribó el 18.

Un contrabando de parque recibióse el día 21; José de la Luz Soto, se incorporó al jefe insurrecto Lomelín, con cuarenta y cinco hombres, reforzando el cuerpo revolucionario de Ojinaga. El día siguiente Lomelín situó sus posesiones en unas colinas al Sur de El Mulato, y José de la Luz Soto se parapetó en las casas del poblado. Dorantes había vuelto sobre sus pasos, y en la mañana de ese día atacó á los insurrectos con fuerzas de las tres armas, pero lanzó una columna de infantes precisamente entre las dos posesiones de Lomelín y Soto, quienes naturalmente cruzaron sus fuegos y los rechazaron; carga la caballería, protegida por tiradores, en la misma línea intermedia, y nuevamente los fuegos cruzados hicieron destrozos; lanza Dorantes toda su columna sobre la izquierda insurrecta para flanquear á Lomelín, y es recibido por un fuego terrible que le hicieron 32 hombres situados en un cerro que era la llave del campo. Esos treinta y dos guerrilleros se batieron admirablemente; los mandaban un anciano y un joven: Silvestre Suárez y su hijo Manuel. Había durado seis horas la batalla; los federales se retiraron hacia Ojinaga, habiendo perdido en esta acción y en la de Vanegas más de cien hombres, entre muertos, heridos y dispersos, cuatro mil cartuchos maüssers, armas y caballos. Los insurrectos no tuvieron en los dos combates sino un solo hombre contuso, y es de advertir que en El Mulato no entraron en acción sino setenta, pues los demás tenían armas de poco alcance. Después de la lucha, Lomelín arengó á sus tropas con estas palabras: «¡Muchachos! Debéis estar orgullosos de haber nacido en el Estado de Chihuahua, pues habrá lugares en el mundo en que existan hombres tan valientes como vosotros, pero estad seguros de que no los hay superiores en ninguna parte.»

Hasta aquí la campaña de Ojinaga, iniciada por Toribio Ortega y desarrollada por José P. Lomelín. El día 24, este jefe insurrecto, llamado por el señor Madero á desempeñar una comisión en el Pazo, Texas, entregó ciento cincuenta hombres á José de la Luz Soto, y salió para los Estados Unidos.

La campaña en el Sur del Estado continuaba con éxito. Guillermo Baca, después del ataque á Parral, reunió su gente y la de las Cuevas, como sesenta hombres en jnto, tomó por la Providencia, y penetró en el Partido de Indé, del Estado de Durango; cruzó por Villa Ocampo y Villa Hidalgo, recogió adeptos y repasó la línea de Chihuahua; Pedro T. Gómez, su segundo, se negó terminantemente á

atacar á Indé, lo que se hubiera logrado con suma facilidad, pues tenían allí grandes simpatías, y todos, hasta el Ayuntamiento en masa, eran partidarios de la Revolución. Con 130 hombres atacó Baca á Balleza, la tomó y marchó sobre Guadalupe y Calvo; pero solicitado su socorro por Apolonio Ruiz, que había tomado Batopilas y estaba amenazado por la columna del Coronel Reinaldo Díaz, cambió de rumbo, inútilmente, porque Ruiz se rindió de la manera más indigna, lo que perjudicó á Baca, pues sus fuerzas se redujeron á sesenta hombres. Sin embargo, atacó á Batopilas; acudió Díaz en defensa de la plaza y Baca se vió obligado á presentarle batalla en Puerto del Aire, una batalla de diez horas, al cabo de las cuales, Baca, exhausto de parque, se retiró perseguido por los federales, á quienes infligió grandes pérdidas. Se dirige Baca á Balleza; es atacado y derrotado por el Comandante Arzamendi en Guazárachic, toma por la Mesa de Sandías—en la línea de Durango y Chihuahua—y en la noche del 28 de enero de 1911, Baca y los veinte hombres que le quedaban, traicionados por un campesino, caen en una emboscada que les tendió Rómulo Villanueva, Jefe de Acordada en Indé. Pedro T. Gómez murió allí; Guillermo Baca, herido, murió días después—ignórase si á consecuencia de la herida ó asesinado—y los demás se dispersaron.

En el Sur del Estado de Durango, la situación no era muy bonancible para la Revolución. Zúñiga había iniciado terribles persecuciones contra los complicados en la intentona sobre Gómez Palacio; los jefes revolucionarios de la Laguna andaban—es la verdad—indecisos, fugitivos ú ocultos; sólo José Luis Moya, entusiasta y firme, organizaba fuerzas, admirablemente, en los límites del Estado de Durango y Zacatecas, aunque sin hacer todavía su maravillosa aparición.

En Sonora iniciaba la Revolución, de manera azás atrevida, el ex-coronel Severiano Talamantes, sublevando campamentos mineros y sosteniendo contra el Coronel Ojeda, los primeros combates. Juan Banderas, Ramon F. Iturbe y Conrado Antuna—más felices que el infortunado Gabriel Leyva á quien se le había aplicado la *ley fuga*—secundados por numerosos correligionarias, sublevaban la sierra entre Durango y Sinaloa, amenazando desde luego á Tamazula, cabecera de partido, en el primero de dichos Estados.

En el Estado de Veracruz, Aguilar y Tapia reorganizaron sus fuerzas y se unieron el 26 de Diciembre en San Juan de la Punta; habían recorrido gran parte del Estado dejando á su paso la semilla revolucionaria que antes de

mucho había de germinar. Además, su presencia en San Juan de la Punta reanimó el espíritu de Puebla.

Al terminar el año de 1910, la situación general en la República no podía ser más imprecisa. Veamos: después del fracaso de Piedras Negras, el Sr Madero, sus hermanos Raúl y Alfonso, los González Garza y otras personas regresaron á Texas, con peligro de que la naciente Revolución fuese ahogada en su cuna, ó cuando menos seriamente amenazada, pues el Gobierno americano, cuyas leyes de neutralidad habían sido violadas, dictó orden de aprehensión en contra de D. Francisco I. Madero. Nació entonces en la Junta revolucionaria, la idea de llevar el foco de la insurrección á Yucatán, y con este propósito, el Sr. Madero, su hermano Raúl y Roque González Garza se dirigieron muy ocultamente á Nueva Orleans; la estancia del Sr. Madero en este puerto sólo fué sabida por las dos personas que lo acompañaron, por Federico González Garza y por Alfonso Madero. El plan no prosperó; lo único que se hizo fué enviar á Roque González Garza á Veracruz, con dinero para Tapia, á fin de fomentar más la insurrección en el Golfo. D. Gustavo Madero se hallaba en Washington gestionando la libertad de Sánchez Azcona, procesado éste á causa de calumniosas imputaciones del gobierno de Díaz.

En cuanto á la campaña, el lector sabe en qué estado se encontraba, con esto más: que el gobierno envió al Coronel García Cuellar á tomar el mando de la extinta columna del Coronel Guzmán, y aumentó el efectivo de tropas, formando dos nuevas brigadas, una al mando del Coronel Gordillo Escudero y otra al del Gral. Luque; las fuerzas federales y las del Estado ascendían ya á más de diez mil hombres; en la ciudad de Chihuahua y en otras, las persecuciones se recrudecieron: los Lics. González y Silva y otros muchos fueron presos; don Alberto Fuentes D, se escapó milagrosamente en Aguascalientes pero no así Bordes Mangel, García de la Cadena y otros revolucionarios; en las demás partes del país los arrestos se multiplicaron.

La opinión pública en la capital se desviaba á cada instante; las noticias particulares y las de la prensa se hallaban en constante contradicción: las primeras exajeraban la verdad, las segundas, propalaban como verdad, la mentira oficial. Se dijo entonces, que después del combate de Malpaso, había recibido el dictador una caja llena de uniformes, insignias, armas, etc. y un recado en estos términos: "Ahí van las hojas; mándeme más tamales.—Pascual Orozco. (h.)" Esta ocurrencia ó invención popular, indica al menos la idea dominante en la Capital.

Da pena recurrir á Pero Grullo para decir que el vencedor de Sedán, no estaba en Postdam, sino en Sedán. El dictador no lo entendía así; ordenaba y desordenaba los movimientos militares de la frontera, desde una casa que en la antigua calle de Cadena—*cadena*, nombre simbólico para todo un pueblo—tenía el número 8. En mes y medio el gobierno no había obtenido más gloria que la de haber sido vencido por guerrilleros como Orozco, Blanco y Villa.

Fué el resultado de haber querido reducir el dictador las serranías de Chihuahua, al mismo nivel que un plano colocado sobre una mesa de billar.